

LA IDENTIDAD DEL TERRITORIO

Pág. 3 (Vol. 1)

La recuperación de la identidad nacional pasa, en buena parte, por hacer común y pública una imagen del territorio catalán. Pero, ¿cómo dibujar esta imagen? Hacer mapas, se sabe ya desde el comienzo de la historia, es un acto mítico sólo aparentemente testimonial. El valor documental de los trazados asirios o faraónicos, o las cartas marítimas medievales, eran, más que guías de información sobre la disposición de tierras y mares, actas de posesión y de conocimiento, auténtica creación ideológica. Seguramente en el Renacimiento fue cuando el valor de la cartografía adquirió su momento más teórico, cuando plantas de continentes o de ciudades más que describir realidad la definían, capaces de inventar y proponer el universo en el acto mismo de reproducirlo.

Esta componente creativa de la descripción es la gran fuerza política y teórica de la imagen cartográfica. Fuerza importante, clave diríamos, en el momento actual de nuestra cultura catalana. Fuerza de definición y de identidad en la que toda la práctica histórica se hace consciente. Por esto, porque todo proyecto político necesita de esta conciencia territorial, por esto está siendo tan rico y tan polémico, tan irreducible, el debate actual sobre la estructura comarcal de Catalunya. Porque si la globalidad del territorio catalán es imagen invariante de una afirmación autonómica sin fisuras, las propuestas políticas de organización interior no cuentan, hoy por hoy, con elementos tan unánimes sobre los que articular una "ordenación" intencionada del territorio.

Esta carencia, debida sin duda a la forzada precariedad en que los estudios de la realidad catalana han debido moverse en los últimos lustros, tiene una sintomática gravedad en la representación cartográfica del país. Las opciones por articular democráticamente el futuro de Catalunya desde una organización antimonopolista y anti-concentracionaria, sienten especialmente la falta de una imagen cartográfica comarcal. Lo cual no es apenas un problema técnico. Es un problema teórico. Porque los muchos mapas que hay, pensados desde la lógica técnica de la fotogrametría o desde la "visión de conjunto" de los sistemas generales (mapas de carreteras, mapas de costa, mapas de "Comarcas") no son acaso suficientes para apoyar una voluntad descentralizadora del territorio, para apoyar aquella esperanza de autogestión

territorial como utopía demográfica. Quizá hacer hoy la imagen de Catalunya es lo contrario de hacer fotogrametría. Y lo contrario también del convencional plano de las cuatro diputaciones con su red de carreteras y su geografía natural como base temática...

En cambio, conviene construir la imagen de la Catalunya de las comarcas, entender la composición territorial de cada conjunto de asentamientos que no puede reducirse a una mancha homogénea en un puzzle de colores. Es toda la historia social la que está escrita en la disposición de los caminos, en los lugares de cruce y de intercambio; en la roturación de cultivos, en la construcción de canales o el regadío de huertas; en las formas de la propiedad, en el emplazamiento de las industrias, el crecimiento de las ciudades y su ocupación del entorno, los contradictorios impactos de las grandes infraestructuras... Cada comarca es, sobre todo, una mezcla específica de estos componentes, y solo entrándose en su descripción se empieza a sintetizar su alternativa. En este sentido, el espíritu folklorista y el cliché de feria de ganado con los que la imagen comarcal se ha venido defendiendo y confundiendo son los peores enemigos de un entendimiento estructural del territorio que permita elegir su futuro. La interpretación del tipismo, de lo idiosincrásico o de lo natural-geográfico son determinaciones extremadamente

engañosas para la defensa de una conciencia progresiva del hecho comarcal. En este sentido, y frente a la ingenuidad naturalista o economicista, habría que estar, a toda costa por la idea de comarca *artificial* Por la relativización de los determinismos geográficos frente al peso de la actividad social; por un entendimiento del territorio como construcción histórica, producto artificial de la intervención humana.

Entre los actos del "Àmbit d'Ordenació del Territori" del Congrés de Cultura Catalana, una contribución del Laboratorio de Urbanismo de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, aglutinando un amplio colectivo de profesionales y estudiantes, Inicio algunas tesis básicas sobre ello, sintetizadas en una amplia exposición de planos de ciudades y comarcas catalanas: "La identitat del territori català: les comarques". Los planos dibujados y editados en un atlas, resultaron por su escala y su detalle una expresión bastante inédita de la estructura territorial de nuestras comarcas. Es un esfuerzo basta aquí solo iniciado, complementario al que, tiempo ha, habían tenido ya geógrafos, historiadores y economistas. Una contribución, si, desde la visión arquitectónica del territorio: es decir, donde se reconozcan todas las huellas de la construcción histórica del territorio por el hombre: las parcelaciones de tierras, las obras de comunicación, los cambios topográficos, las fábricas urbanas, etc.

Pero también una visión catastral del territorio. Es decir, una visión de Inventario, de recopilación, de enciclopedia. La imaginación de la idea territorial de Catalunya pone sobre la mesa de discusión problemas básicos de fundamentación cultural. Construir la cultura desde una cimentación extensiva, con capacidad crítica para seleccionar el pasado, y con óptica de largo alcance en sus criterios de aprovechamiento y utilidad. Como una nueva actitud ilustrada, exigida quizá por la especial aventura histórica de la cultura en nuestro país. No es causal, pues, que una contribución universitaria a la Cultura Catalana tienda a ser, más que resolución inmediata de problemas, formulación de objetivos y propuesta de métodos que atiendan, ojalá!, al largo plazo de nuestro futuro cultural.

Manuel de SOLÀ-MORALES